

Colosenses 1:1-8

Colosenses 1:1-8.

La congregación en Colosas no estaba sin problemas. De hecho, estaba amenazada con falsas doctrinas y herejías que amenazaban destruir la fe de muchos. Cuando Pablo oyó del peligro que confrontaba los colosenses, por amor cristiano tuvo que responder con esta carta a los colosenses.

Sin embargo, aunque había serias amenazas a la fe de los cristianos en Colosas, lo importante es que realmente fueron - cristianos. Así, antes de entrar en cualquier reprensión o advertencia, el apóstol pudo con toda sinceridad comenzar su carta esperando lo mejor para los colosenses, y dando gracias a Dios por su obra entre ellos. Así comenzamos nuestro primer sermón sobre colosenses destacando las bendiciones y motivos de acción de gracias en una congregación cristiana.

En la salutación de esta carta, Pablo destaca varias bendiciones de que goza la congregación colosense. Los llama santos, y fieles hermanos en Cristo. Les desea, y está seguro de que recibirán y han recibido, la gracia y la paz de Dios. Vamos a ver un poco más de cerca estos términos.

Son santos. Tal vez esto nos sorprenda si leemos toda la carta y vemos los problemas y las debilidades de los cristianos de allí. Eran personas que eran seriamente amenazadas por los falsos maestros, sujetos a dudas e incertidumbres. Necesitaban todavía muchas advertencias acerca de cómo llevar una vida que agradaba a Dios. Había lugar para mucho crecimiento tanto en el conocimiento como en la conducta cristiana. Sin embargo, Pablo los llama santos. Y lo eran. En Cristo sus pecados les habían sido todos perdonados. Eran lavados en la sangre del Cordero. Dios ya no tomaba en cuenta contra ellos sus pecados. Por la fe en Cristo habían sido separados del mundo que parece para servir al Dios vivo. No, no eran perfectos todavía en sus vidas, pero en Cristo y por causa de Cristo Dios los consideraba sus santos.

Son fieles hermanos. Su fe en Cristo los unía con todos los demás que compartían la fe. Formaban una congregación, en la cual todos eran hermanos, y estaban unidos por su fe también con todos los demás en todas partes del mundo que compartían la misma fe. Este es el vínculo sagrado que también los unía con

Pablo mientras él permanecía lejos en su cárcel en Roma. Son fieles hermanos

Fieles no tanto en el sentido de constantes, sino creyentes. Su fe es lo que los constituía hermanos, lo que los hacía miembros de la misma familia. Fue por su fe que tenían un mismo Padre que es Dios. Fue por su fe que conformaban un cuerpo, con Cristo por Cabeza.

En la bendición que Pablo pronuncia para abrir la carta tenemos todavía dos grandes bendiciones más de que participan los miembros de una congregación cristiana. Son la gracia y la paz. La gracia es el favor de Dios a los que no lo han merecido. Eso ciertamente es el caso con todos los creyentes. Todos han tenido que reconocer que han sido miserables pecadores, que han estado lejos de cumplir con la ley de Dios. Tienen que confesar que han ofendido contra Dios y no son dignos de ninguno de sus beneficios. Más bien han merecido el justo juicio de Dios y su eterna condenación. Sin embargo, en Cristo Jesús Dios ha tenido misericordia de ellos, y les ha dado su salvación, el perdón de los pecados, y la vida eterna. Todo esto está incluido en el término “gracia”.

Y debido a su gracia, gozan también de la paz. Han sido reconciliados con Dios. Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo. Por la fe en Cristo tienen ahora la debida relación con Dios. El muro de pecado que separaba entre el hombre y Dios ha sido derrumbado por el sacrificio de Cristo, el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo.

También la congregación cristiana en este lugar goza de estos grandes beneficios y bendiciones de Dios. Como los colosenses, estamos rodeados de falsos maestros que distorciónan la palabra divina. Como ellos, fácilmente nos hacemos presos de la duda acerca de las grandes verdades salvadoras de Cristo Jesús. Como ellos, hay muchas faltas y debilidades todavía en nuestro entendimiento y en nuestra conducta cristiana.

Sin embargo, hemos creído en el Señor Jesucristo. Hemos puesto nuestros pecados sobre Aquél que fue a la cruz en nuestro lugar, y por sus méritos todos nuestros pecados han sido perdonados. Dios, por causa de su amado Hijo Jesucristo ya no toma en cuenta nuestros pecados tampoco. Así, a pesar de todos nuestros pecados y debilidades, delante de Dios nosotros también ya somos santos. Dios nos ve con la misma justicia de

su perfecto Hijo Jesucristo, una justicia válida y aceptable delante de Dios.

También, al igual como los colosenses, nuestra fe nos une en una hermandad. También somos hermanos en Cristo. Podemos tener muchas diferencias, pero compartimos una fe común y en Dios tenemos el mismo Padre. Jesucristo en su amor se ha hecho el Hermano Mayor de todos nosotros. Este vínculo es mucho más fuerte que cualquier cosa que pueda dividirnos. Si creemos en Cristo, esto es una realidad. Pero siempre estamos en peligro de olvidarlo y así fallar en tratar unos con otros como hermanos y hermanas. Meditemos bien en este don de Dios, y en sus implicaciones para nuestra vida práctica y cotidiana.

Al igual como los colosenses, hemos recibido la gracia de Dios. Si consultamos sinceramente con nuestras conciencias, tenemos que reconocer que nuestro pecado ha sido grande y grave. Hemos faltado en amar como debemos a Dios y a nuestro prójimo. Nuestras prioridades en la vida han sido totalmente contrarias a las de Dios, que exigían que temiéramos, amáramos y confiáramos en Dios sobre todas las cosas. Sin embargo, Dios se ha mostrado bondadoso para con nosotros, no solamente enviando a su Hijo Jesucristo para ser nuestro Salvador, sino también permitiendo que su palabra de gracia y amor se nos predicara y que nosotros la recibiéramos con fe. Y “siendo justificados...por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo”. Definitivamente, cuando consideramos las bendiciones que Dios, sin ningún mérito de nuestra parte, ha derramado sobre nosotros, no nos quedamos en nada por detrás de los colosenses. Pero de esto sigue que también, como en el caso de los colosenses, habrá mucho de que dar gracias de Dios también entre nosotros. Pero veamos primero lo que movió a Pablo a agradecer a Dios.

En primer lugar, Pablo da gracias a Dios "habiendo oído de vuestra fe en Cristo Jesús". La fe en sí es motivo de agradecer a Dios. Y la razón es sencilla. Nadie llega a la fe por su propia decisión, como resultado de sus propios pensamientos o razón. La mente carnal es enemistad contra Dios. Al corazón y mente natural, el mismo evangelio de la salvación por la sangre y sacrificio de Cristo parece una necesidad, una tontería. Con sus propios poderes o fuerzas, ningún ser humano puede hacer otra cosa que rechazar la palabra divina y quedarse en la eterna condenación. Luego, si alguien ha llegado a creer en y confiar en el Señor Jesucristo, esto tiene que ser porque Dios mismo ha

puesto esta fe en el corazón. "Nadie puede llamar a Jesús Señor, sino por el Espíritu Santo". Ni tú, ni yo, ni ninguna otra persona cree en el Señor Jesús, a menos que Dios mismo haya obrado esa fe en su corazón. Así que, siempre que una persona cree en Cristo, hay fuerte motivo para agradecer a Dios.

Pablo también da gracias a Dios porque ha oído "del amor que tenéis a todos los santos". La fe de los colosenses no fue algo muerta y sin fruto, sino algo vivo y activo, que dio evidencia de su existencia en obras sacrificiales y desinteresados de amor. Y la verdadera fe siempre produce tales frutos. Los cristianos están injertos en la Vid, que es Cristo. Permaneciendo en él, llevan frutos en abundancia. Eso no es decir que no haya también mucha debilidad y muchas faltas en sus vidas cristianas. Todavía tienen la carne pecaminosa que lucha ferozmente para dominar la nueva vida en Cristo, y con demasiada frecuencia gana todavía la victoria. Pero al mismo tiempo, la fe mantiene la batalla contra la carne y el pecado, y lleva muchos frutos de amor. Pero, como Cristo nos recuerda, "separados de mí, nada podéis hacer". Cada buena obra, cada obra de amor, cada servicio a Dios y al prójimo, no es motivo de alabar tanto a la persona, que en sí era incapaz de producir ningún fruto bueno, sino a Dios, a Cristo, a la Vid que nos hace capaces de hacer cosas buenas y agradables a él.

Pero ¿cómo han recibido esta fe genuina que es activa en buenas obras? Pablo dice: "A causa de la esperanza que os está guardada en los cielos". Aquí la esperanza parece tener un significado especial. Usualmente pensamos en la esperanza como una actitud de parte de una persona hacia algo futuro. Aquí más bien parece ser la cosa misma que se espera. La esperanza guardada en los cielos sería la salvación final que nos es prometida en Cristo. Esta salvación es segura. Es guardada. Luego ya ha sido lograda y depositada en el cielo. Es, como dice Pedro, "una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros" (I Pedro 1:4). Es una esperanza basada en hechos de suma trascendencia, la misma muerte y resurrección de Jesucristo. "El cual fue entregado por nuestras transgresiones y resucitado para nuestra justificación". Así que, la esperanza aquí es lo mismo que el contenido del evangelio, el anuncio de la salvación libre y completa lograda por Cristo para toda la humanidad.

Aun así, para que creyeran y participaran en esta esperanza o salvación, era necesario oír de ello. "La fe viene por el oír, y el

oír por la palabra de Dios”. Así Pablo sigue hablando de esta esperanza como la "de la cual ya habéis oído por la palabra verdadera del evangelio". Es en el evangelio, las buenas noticias de la salvación en Cristo, en las noticias resumidas en Juan 3:16: "De tal manera amó Dios al mundo, para que todo aquel que en él creyere, no se pierda, mas tenga vida eterna". Esta palabra es descrita como la palabra verdadera, una palabra que no falla, una palabra digna de toda confianza. Como Pablo ha dicho a Timoteo: "Palabra fiel, y digna de ser recibida por todos: que Jesucristo vino al mundo para salvar a los pecadores".

Los colosenses habían oído esta palabra fiel que les ofrecía una segura esperanza. Habían llegado a confiar en esta palabra consoladora por la poderosa obra del Espíritu Santo que venía en y por medio de este evangelio. Y confiando en Cristo y en su salvación, fueron capacitados también para toda obra de amor, toda obra buena y aceptable delante de Dios. ¿Por qué cosas pudo Pablo dar las gracias a Dios por los colosenses? Por esa famosa triada, la fe, el amor y la esperanza.

Nosotros hemos oído la misma palabra fiel, que nos ofrece la misma seguridad de la salvación por la obra y los méritos de Jesucristo. Por la gracia de Dios nosotros también hemos llegado a creer esa palabra fiel, y sabemos que Cristo vino a salvar a nosotros, los pecadores. Esta fe, si es genuina, habrá producido en nosotros también al menos el principio, y creo que más que un principio, de obras de amor manifestadas hacia nuestros hermanos cristianos. Seguramente hay mucho de debilidad y pecado, muchas condiciones que lamentar en nuestra congregación y en la vida de cada miembro de ella. Cada uno tenemos todavía muchos pecados para confesar diariamente. Y lo hacemos, y recibimos de nuevo el perdón de nuestro amoroso Salvador. Pero eso no debe ocultar de nosotros lo mucho que Dios ha hecho en nosotros y en nuestros hermanos cristianos. Demos nosotros también dar las gracias a Dios por la fe de los miembros de esta congregación, por los frutos de esta fe en obras de amor también aquí, y sobre todo, por la palabra fiel del evangelio, que nos revela la salvación ya lograda y reservada en los cielos, una salvación de la cual cada uno de nosotros también participaremos, si solamente seguimos fieles en la fe en Jesucristo y su perdón. Amén.